

SOLZENITSIN, «ENTRE REJAS»

Dicen que Solzenitsin va a dejarse caer por nuestra Costa del Sol, lugares que ya han merecido las preferencias de Papillon y otros ingenios de fama. Conviene tomarlo con reservas. Hasta el momento -el momento, pues este es el tema cambiante y quién sabe al imprimirse estas notas- se huele mucha confusión en torno al caso. Verbigracia y por lo que tiene de símbolo. En una fotografía periodística que atrae inmediatamente por su patetismo, el escritor se aferra con las dos manos a unos barrotes que parecen retenerlo contra su desesperada voluntad. Luego leemos el pie y es que contempla la ciudad de Copenhague «desde el magnífico observatorio enrejado de la torre de Rundetaarn». Una atracción para los turistas.

Es posible que el novelista proscrito esté siendo interpelado, por no decir manejado, de un modo contrario a sus propias convicciones. Es probable que al dolor de su protesta sincera en Rusia se una la incomodidad de un «no es esto, no es esto», fuera de Rusia. Pero en cualquier caso su peripecia nos trae una meditación. De un lado enseña los riesgos que asume todo denunciador de verdades. Por la otra cara, la confirmación de que no hay como ser rico (en fama, en reconocimiento exterior) para llevar con soltura los hábitos del heroísmo. O dándole la vuelta: Que no se puede ser pobre por ningún dinero.

En efecto. Imaginemos un escritor tan valiente como Alexander Solzenitsin (en Rusia... o sin ir tan lejos) pero que no ha recibido el Nobel ni el favor de un amplio reconocimiento, y es llamado oficialmente por el fiscal de su país y él le responde al fiscal que a ver si redacta mejor la citación; y luego que no va; y al fin que si las autoridades lo llaman a uno, precede que empiecen las autoridades por ser como deben ser. ¿Ustedes se imagina...?

No subestimemos el exilio como pena incluso si transcurre en medio de aclamaciones, ramos de rosas y cámaras de los reporteros. Pero hay también en el mundo (en Oriente como en Occidente) hombres que de vez en cuando tiene que responder con el más duro de los sacrificios, aquel que se otorga en la oscuridad y sin despachos de las agencias. Y exactamente por la misma causa arriesgan con la palabra.

Crítica menor

De la detallada información periodística retengo que, según declara un prominente ex ministro, con mando hasta el último y azaroso diciembre, «la liberalización del régimen español puede ir más lejos en España que en muchos países»

No me extraña. Tratándose precisamente del Régimen «español», parece lo más propio que esa mayor apertura acontezca... en España. La redacción, acaso apresurada del párrafo –sin entrar ahora en su fondo optimista-, recuerda el patriotismo de aquel tributo luso que tras el balance de kilómetros de nuevas carreteras, plazas de hospital, escuelas inauguradas, pensiones para los ancianos... coronaba su parlamento con la aplastante pregunta: «¿Qué Gobierno en todo el mundo ha hecho tanto por el ciudadano portugués como el Gobierno portugués?».

Berlioz y otros músicos

Tarde de domingo, Berlioz, «Sinfonía fantástica» a través de la radio. Siempre que escucho música programática, en la que se aconseja el apoyo sobre el manifiesto previo de las palabras, me planteo el problema de la interdependencia de las artes. Hay ya bien de teorías sobre el tema y además me faltan arrestos para intentar por mi parte ni siquiera un ensayo mínimo. Lo dejo, pues, en corta cavilación casera, que aún en letra impresa no tiene mayor pretensión. Por cierto que el asunto me parece ejemplarizado en el tormentoso compositor francés, muy vivo ahora en la devoción de los melómanos. Luis Héctor Berlioz, figura en las nóminas de la música, pero con similares probabilidades pudo haber aminado hacia el arte dramático, los pinceles (propugnaba la «pintura musical» de las pasiones), y sobre todo la literatura. Leyó mucho. Escribía con talento. Virgilio le era compañero, Goethe lo apasionaba. Y como era hombre de reacciones exageradas salía llorando de escuchar en inglés a Shakespeare, con no saber él palabra de inglés.

Pera la «Sinfonía fantástica», Berlioz redactó la correspondiente guía retórica. En el primer tiempo imagina el autor la obsesión de un joven artista por su amada ideal, en el segundo se describe una fiesta, el tercero es campestre desde el dúo bucólico hasta los negros nubarrones de la desdicha, el cuarto es un melodrama con suicidio que no acaba de ser suicidio, en el quinto y /final es la fusión del «Dies irae» burlesco y el círculo del aquelarre. Y es lícito preguntarse: ¿realmente hace falta esta llave para entrar en el gozo del poema sinfónico? Según Berlioz, sí. «El plan del drama instrumental, privado del socorro de la palabra, tiene necesidad de ser expuesto de antemano.» Pero acontece también que a uno le tienta el experimento de cerrar los ojos y convertirse en oyente rebelde, conspirando contra las intenciones demasiado

expresas del creador. Entonces se comprueba que donde nos han sugerido las advertencias vesperales del Destino, nosotros podemos colocar un amanecer clamoroso frente al mar. Si la noche cae y el hombre fatigado se sienta melancólico bajo la lámpara a leer un libro -como prescribe el autor ahora Tchaikovski en carta a su amiga y protectora, sobre la Cuarta Sinfonía- cabe la broma de imaginarse un pastor analfabeto impaciente por su próxima pitanza. Y donde digan que el oboe increpa ni violín y éste se lamenta, uno cambia el orden y sucede que el violín increpa al oboe.

Personalmente, y ahora sí que renunciando a la más mínima especulación, prefiero elegir de la música «los fantasmas flotantes e indecisos» (que Un amino esquivaba) y darles el esqueleto de mis propios argumentos, alejando -no sé si con pedantería o con modestia- la dictadura del compositor. Cualquier clase de dictadura.

Antonio PEREIRA